

CICLO DE CONVERSACIONES ANTROPOLOGÍAS DEL SUR: ÓSCAR MENDOZA URIARTE

CLAUDIO ESPINOZA*, PAULA CONTRERAS** & LUIS CAMPOS***

Resumen

En esta decimotercera entrevista del ciclo de conversaciones Antropologías del Sur, cuyo fin es revisar y pensar formas no hegemónicas de la disciplina, se presenta la trayectoria académica, intelectual y profesional de Óscar Mendoza (Chile, 1957). Antropólogo por la Universidad Austral de Chile, su formación estuvo marcada por ser parte de la primera promoción de antropología en Valdivia durante la dictadura y un marcado interés por la antropología económica.

Mendoza relata su tránsito desde el mundo técnico marino hacia la antropología, motivado por la observación de la lógica económica de la pesca artesanal y el sistema de remuneración “a las partes”. En esta conversación, detalla su experiencia en el mundo de las organizaciones no gubernamentales (como ECONIN y GIA) y su amplia trayectoria en el sector público, donde destaca su labor en la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, la CONADI y la SEREMI de las Culturas. Asimismo, reflexiona sobre su investigación de antropología jurídica en Rapa Nui sobre el Acuerdo de Voluntades de 1888 y su trabajo territorial con los pueblos mapuche, yagán y kawésqar.

Finalmente, comparte una mirada crítica sobre la inserción laboral del antropólogo en el Estado, abogando por la descentralización institucional, el rescate del patrimonio cultural inmaterial y la necesidad de una rigurosidad metodológica que no desprecie las herramientas cuantitativas. Su testimonio da cuenta de una práctica profesional situada en las problemáticas sociales y étnicas del sur austral.

* Doctor en Antropología. Director del Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ORCID: 0000-0003-0472-5132. Correo-e: cespinoza@academia.cl

** Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Académica de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ORCID: 0000-0001-9003-5191. Correo-e: paula.contreras@uacademia.cl

*** Doctor en Antropología. Académico de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ORCID: 0000-0002-9983-8799. Correo-e: luiseugeniocampos@gmail.com

AdS: Óscar, muchas gracias por aceptar esta invitación. Nos gustaría comenzar esta conversación con tu biografía, que nos cuentes dónde naciste y creciste, dónde estudiaste y cómo llegaste a la antropología.

Nací en 1957, en un pueblito —quizá ciudad a esta altura— que se llama Bulnes, al sur de Chillán. Allí cursé mis primeros años en la escuela pública ubicada frente a la Plaza de Armas. Más tarde mi familia se trasladó a Chillán, donde continué mis estudios en la Escuela N° 8 República de México. Ese lugar fue importante para mí no solo por la educación formal, sino también por los murales de Siqueiros y Guerrero que decoraban la biblioteca. Mientras estudiaba y leía, tenía frente a mí estos murales de sangre de indígenas, de españoles con lanzas, armaduras, con caballos briosos, en fin, escenas de la historia latinoamericana, pueblos originarios, conquistadores y luchas sociales. Creo que ahí comenzó a formarse mi interés por América Latina, su historia y sus culturas.

Estudí ahí hasta el octavo básico y luego me fui a estudiar al Liceo N° 1 de hombres Narciso Tondreau, de Chillán, en pleno gobierno de la Unidad Popular, por tanto había un ambiente político y estudiantil muy agitado. Recuerdo que entré a militar muy tempranamente en una organización que se llamaba Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), cuya consigna era “Luchar, estudiar y vencer: FER, FER, FER”. También recuerdo haber leído mucho, especialmente los libros de Francisco Coloane, que me marcaron bastante. Por aquella época mi padre nos leía en las noches, junto a mi hermana, un libro que se llamaba *La exploración Fawcett*, que era de un explorador, Percival Harrison Fawcett, que fue quien construyó el ferrocarril en la Amazonía y que después desapareció, de hecho entiendo

que el libro fue publicado después por su hijo. Y en ese libro se relatan historias con los pueblos originarios, sus distintos encuentros con sociedades y culturas diferentes. Entonces creo que ese libro también me marcó mucho e influyó en mi interés por otras culturas. Luego no recuerdo qué pasó con él, pero ya no lo tuve, hasta que muchos años después lo encontré en los libros de viejos de San Diego y todavía conservo esa edición, que es muy antigua.

Bueno, después salí del liceo y vino el golpe de Estado, toda la opacidad, y entré a la universidad. Primero estudié técnico marino en la Universidad Católica de Chile, en la sede regional de Talcahuano. En esa época estaba muy influenciado por Jacques Cousteau, que se veía por televisión. Me centré en la pesca artesanal, mientras la mayoría de mis compañeros optaba por la pesca industrial; muchos trabajaban en barcos pesqueros o en centros de cultivo. De esa época recuerdo que dos cosas me llamaron especialmente la atención. La primera fue los nombres que los pescadores daban a sus embarcaciones. Era curioso que, aunque San Pedro es el santo de los pescadores, ninguna embarcación llevaba ese nombre. Eso me pareció extraño y significativo. La otra fue el sistema de remuneración, conocido como “sistema a las partes”. Yo venía con una idea más tradicional de salario y trabajo asalariado, pero aquí había una lógica distinta, algo que no conocía y me pareció muy interesante.

Estas experiencias me llevaron a interesarme por la antropología. Por aquella época la carrera solo se daba en la Universidad de Chile, pero Santiago nunca me gustó, así es que cuando en 1983 se abrió la carrera en la Universidad Austral de Chile, entré a estudiar antropología en Valdivia. Me enfoqué especialmente en la antropología económica, porque encontré que podía explicar

muy bien el sistema a las partes, especialmente con los estudios sobre campesinado y la lógica de Chayanov, que veía muy aplicable a la pesca artesanal. Durante la carrera también trabajé con pueblos originarios. Mi egreso se produjo en el año 1987, después de un gran paro estudiantil que duró meses en 1986. La amenaza de la represión y el hecho de haberme casado y ser padre de un hijo pequeño, Camilo, hizo que saliera de Valdivia apenas pude. Después de egresar, trabajé en organizaciones no gubernamentales (ONG) enfocadas en pescadores artesanales y pueblos originarios.

Más adelante, en Santiago, comencé a dar clases en la Universidad Bolivariana, en la Escuela de Antropología, donde también estudié derecho en horario vespertino. Hice mi práctica y memoria de derecho en Rapa Nui, sobre el tratado de 1888, que recientemente ha cobrado relevancia. Aprobé la carrera, pero reprobé el examen de grado y no volví a intentarlo, pues me mudé al sur. En 2021 ingresé al Magíster en Antropología en la Universidad Austral, donde terminé mi tesis en 2024. Así, en términos breves, esos son mis estudios y trayectoria académica.

AdS: ¿Entonces entraste a estudiar antropología en Valdivia el primer año de apertura?

Sí, soy de la primera promoción de licenciatura, de 1983, pues en Valdivia existía antes el Bachillerato en Antropología. Extraño, además, abrir antropología en plena dictadura, con un rector militar, un coronel de ejército, de apellido Ferrer. Era una universidad totalmente intervenida, con guardias con uniforme, con perros doberman, y que se hubiese abierto la carrera de antropología era muy raro. En ese primer año, el único antropólogo, o más bien etnólogo, era el director de la carrera, René San Martín. El resto eran profesores

que venían de otros institutos. Había sociólogos y economistas, básicamente. Creo que en el segundo año se incorporó, primero, Rodrigo Valenzuela, que nos hizo varios cursos, entre los cuales antropología económica y antropología política: era como multipropósito este gran profesor. Luego se fueron incorporando otros profesores, como Priscila Délano y Edith Quilapi. También tuve la fortuna de tener de profesor a Tom Dillehay, que impartió arqueología y que a mí me pareció otro gran profesor. Primero la había iniciado Mauricio Van de Maele, pero que solo estuvo unos días, tras lo cual la retomó Dillehay.

En 1986 hubo una gran huelga y un paro en la universidad, muy activo, que fue muy interesante porque en algo revivió el Mayo del 68 francés. Mientras estuvimos en paro, durante varios meses, había clases alternativas, la gente dibujaba, pintaba, declamaba. Pero claro, eso implicó amenazas, entre otras, de que si no terminaba el paro cerraban antropología. Por lo tanto yo egresé a mediados de 1987, por ahí, porque hubo que retomar ese tiempo que estuvimos en paro. Tuve compañeros que venían, algunos, del Bachillerato, entre esos hay uno con el que hasta hoy día nos seguimos encontrando, Pedro Inalaf Manquel, que ya era profesor básico. También estaban Ricardo Oyarzún y Pepe, cuyo apellido no recuerdo, que era ayudante de Tom Dillehay. También fueron compañeros míos Gonzalo Toledo, Gerardo Zúñiga, Fernando Pichaud y Nelson Soto. Fernando Pichaud actualmente trabaja en el gobierno regional y Nelson Soto en la SEREMI de Desarrollo Social. De otras generaciones están Jorge Vergara; Aldo Mascareño, que trabaja en el Centro de Estudios Públicos, muy neoliberal en sus comentarios que aparecen a veces en redes sociales, y Andrea Aravena, que trabaja en la Universidad de Concepción y que fue directora de la Oficina de Asuntos Indígenas de

la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), donde trabajamos un tiempo con Nelson Soto.

Era una carrera en que al principio teníamos un profesor de Historia, de Teoría de Historia, de Historia 1 y de Historia Social 1, de apellido Salinas, que entiendo que después fue profesor en una universidad más bien conservadora. Era profesor de distintas áreas. Y ya de a poco se fue centrando en profesores de antropología, aunque también teníamos profesores del área de geología, economía y estadística. En lo personal eso me marcó muchísimo, porque cuando egresé yo era como una mezcla entre sociólogo y antropólogo, con tendencia a la sociología porque tenía mucho manejo de estadística. Recuerdo que tuve dos estadísticas y un curso de computación, con el programa SPSS. Así salí más bien “cuantitativo”, lo que aumentó mi empleabilidad, como le dicen. Ese programa en especial lo usé mucho en la vida laboral y me fue muy útil en la aplicación de esta estadística no paramétrica. El test Chi-Cuadrado lo hallé muy interesante. Eso, entonces diría que en mi formación yo era como un poquito “generalista”, obedecía a una identidad tanto sociológica como antropológica.

AdS: Oscar, ¿cuando estudiabas, cuáles eran las líneas teóricas predominantes, qué leían?

No sé si yo sería un mal estudiante, pero nunca logré percibir una línea teórica. Más bien eran como pinceladas. Tuvimos Teoría Antropológica 1, Teoría Antropológica 2, y veíamos los distintos autores. Creo que lo que pesaba más era el estructuralismo. En ese tiempo Rodrigo Valenzuela era muy proestructuralista, así se definía a sí mismo. Pero no llegué a percibir que hubiese una orientación de algún tipo dominante, más bien era como “generalista”. A mí me interesaban la

línea de la teoría antropológica, Godelier, el tema del campesinado, Roger Bartra, Chayanov.

Ya casi al terminar la carrera, con algunos colegas creamos una oficina de migración en el Obispado de Valdivia, y eso me sirvió para postular a un curso del Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA). Ahí participé en un programa súper interesante para técnicos de ONG, donde encontré abundante literatura, buenos profesores respecto del campesinado: Furche, Alex Barril y Jaime Crispí, que trabajaba el tema de la fruticultura, y pude profundizar mucho más. En ese tiempo estaban también los poblados rurales y la juventud rural. Creo que el rigor académico que observé ahí era más profundo, más serio, más actualizado de lo que estaba viendo en la universidad. La literatura, el nivel de conversación era más abierto, más franco, en fin. Esta formación no tenía un reconocimiento académico, pero era muy intensa. Tenía sesiones mensuales de una semana en distintas partes del país, con régimen de internado. Ahí conocí también a Miguel Bahamondes.

AdS: ¿Y qué nos podrías decir del trabajo de campo que se hacía cuando estabas estudiando?

Durante la carrera hubo muy poco trabajo de campo. El más intenso y extenso fue una salida que realizamos, ya casi al terminar, a una zona costera de la provincia de Valdivia, pero en términos de una metodología etnográfica y de aplicación en terreno, fue muy poco lo que recibimos. La profesora María Catrileo nos aproximó mucho a la cultura del pueblo Mapuche. Luego tuvimos contacto con la organización Ad Mapu y ahí empezamos a trabajar, pero eso era extrauniversidad, se trataba más bien de compromisos personales que teníamos con los pueblos originarios. De hecho, tuvimos algunos paros para que con-

trataran a profesores, tuvimos que presionar, no era fácil que incorporaran a más profesores en antropología en ese tiempo. Tuvimos ese costo en ese período, después entiendo que ha cambiado mucho.

En mi caso, el hecho de que había estudiado antes el tema marino me sirvió enormemente para el acercamiento a terreno. Creo que eso tiene que ver con la validación en terreno, con el *rapport* que uno puede establecer, como saber identificar una merluza de un jurel, por ejemplo. Eso valida la posibilidad de entrar en relación con las comunidades de una mejor manera, en el caso de la pesca artesanal, o saber distinguir una red de un espinel, en fin. En el tema del terreno tiene que haber ahí un preconocimiento para un buen desempeño en el trabajo de campo.

AdS: Hoy en día el tema del egreso y de la inserción profesional de los colegas es un tema muy discutido. ¿Cómo egresaste y cómo ingresaste al mundo laboral?

En ese tiempo había la modalidad de, al egresar, hacer una práctica y un informe sobre esta, y con eso se lograba el título. Nunca hice tesis de licenciatura porque me fui y empecé a trabajar. Solo obtuve el título de antropólogo, pero no el grado de licenciado en antropología. De todas maneras me sirvió para el magíster y hoy día tengo el grado de Magíster en Antropología.

Al salir de la universidad primero me fui a Santiago, donde vivía mi madre. A esa altura yo ya me había casado, tenía un hijo y tenía que trabajar. Estoy hablando de 1987, todavía estábamos en dictadura. La pega que encontré fue de profesor en un centro de formación técnica, ZIPTER. Hacía clases de navegación, de oceanografía, de física, en fin, y en eso estuve un tiempo hasta que logré entrar a una ONG de desarrollo de la pesca

artesanal, pero no gracias a mi condición de antropólogo, sino a mi condición de técnico marino. Fueron mis primeras inserciones laborales.

AdS: A propósito de tu trabajo vinculado a la pesca artesanal y del trabajo que existe hoy en día con los changos, que son pescadores artesanales, te queríamos preguntar sobre ese trabajo aplicado que fuiste desarrollando, que nos parece muy valorable.

Sobre los changos, yo trabajé en esa zona, a través del Instituto de Fomento Pesquero (IFOP), que tenía una base en Los Vilos, donde instalamos un proyecto de módulos de manejo de recursos pesqueros. Ahí trabajamos con organizaciones de pescadores entre Pichidangui por el sur y por el norte hasta la región de Atacama. Eran dos regiones, con muchas caletas de pescadores, más de treinta o cuarenta caletas de pescadores. En ese tiempo, estuve allá en 1992, más o menos, hasta 1996, ellos no se reconocían changos, eran todos pescadores. De hecho, había uno con el que trabajé, que era de Los Vilos, y que fue constituyente en el primer proceso constituyente, Fernando Tirado. Era presidente del sindicato de la caleta Las Conchas, porque ahí había una asociación gremial paralela y en ese tiempo él no se reconocía como chango. Pero claro, estos procesos de etnogénesis son así, ¿no?, o sencillamente yo no lo supe. A veces incluso les preguntábamos y habían algunos que se reconocían más bien como mapuche, precisamente en la zona de Los Vilos, porque eran de Combarbalá, venían del interior. Ellos hablaban de meica, de que había machi, pero no de los changos.

Sobre el tema de la pesca artesanal, trabajé en una ONG que se llamó Economistas e Ingenieros Asociados (ECONIN), que hizo una primera publi-

cación que es reconocida, titulada *Diagnóstico o Desarrollo de la pesca artesanal*. En ella hay descripciones y uno de los espacios donde se trabajó y en el que participé fue en Pichicolo, en la actual región de Los Lagos, en la comuna de Hualaihué. Ahí hubo una experiencia bien interesante, porque se formó una cooperativa de pescadores. Esta era una comunidad de campesinos y pescadores de origen mapuche huilliche y se organizaron con el apoyo de un proyecto ejecutado por ECONIN, y en algún momento también participó CEPUR, de Antonio Elizalde. La cooperativa trabajaba con un fondo rotatorio y sus productos se comercializaban colectivamente.

La cooperativa conducía y entonces se hacían cálculos, por ejemplo, si se trabajaba con el IVA iba a haber tanta acumulación con el IVA débito fiscal y tanta con el IVA crédito fiscal, lo que permitía hacer algunas inversiones. Se hacían cálculos de mucha proyección positivista, diría, pero algo pasaba porque no se lograban las metas, los niveles de producción. Las flotas, las embarcaciones, salían a pescar, pero pescaban una semana, y la siguiente no, y nadie sabía por qué no salían. Creo que ahí me sirvió la antropología, o Chayanov y sus estudios sobre la organización de la agricultura familiar, la lógica de no acumulación, el fin del lucro, que explicaba que habían ciertas conductas que desde un punto de vista capitalista eran irracionales, pero desde un punto de vista de una lógica económica distinta resultaban, al contrario, muy racionales, porque no se sobreexplotaban los recursos, no se exponía la vida, ya que en cada salida de pesca se ponía en juego la vida de los pescadores. Esa lógica me costó darla a entender al equipo con el que trabajaba, donde habían ingenieros pesqueros y economistas. Finalmente ECONIN, como institución, lo asumió, pero le fue difícil comprender que no bastaba con establecer acuerdos para

producir tanto en tanto tiempo, sino que había que hacer otras consideraciones en las evaluaciones, las proyecciones y las planificaciones que se hacían en el espacio de la cooperativa. Ahí hay una racionalidad distinta que sigue existiendo con mucha fuerza.

Luego apareció la Ley de Pesca donde están unas asignaciones de cuota muy extrañas en que se le da la cuota al buzo cuando hay una tripulación completa. En el caso de la extracción de loco, por ejemplo, solo tenían la cuota para sacar del buzo, pero en una operación de pesca también está en lo que le llaman el “tele”, el telegrafista, que está proveyendo el aire hacia abajo, y el que está los remos, que también tienen derechos sobre los recursos. Y recordemos que los recursos como el loco, y en general los recursos de la pesca, son bienes de nadie, “*res nullius*”, dice el derecho romano y el Código Civil, y es que en la pesca, cuando se produce, mediante su ocupación, se adquiere la propiedad de esos recursos. La legislación, por supuesto, no da cuenta de esa realidad.

AdS: Hace poco vimos el documental *Los hijos, sobre los hijos de Thor Heyerdahl y los hijos de los originarios de Rapa Nui que trabajaron con él haciendo arqueología. Ahí nos llamó la atención el tema de la colonización chilena de la isla, que está muy presente en tu tesis. ¿Nos podrías hablar sobre esa investigación, pionera a principios del siglo XXI?*

Sí, es una memoria de derecho, una tesis, ya no recuerdo exactamente de qué año, pero en ese período. Es un tema que en estos días ha vuelto a tener cierta relevancia porque el actual ministro de Cultura entregó a unos dirigentes de Rapa Nui el Acuerdo de Voluntades firmado en 1888 en la Isla por Policarpo Toro como repre-

sentante del lado chileno. Cuando yo estudiaba antropología no hablábamos de los rapa nui. Más bien se decía que había existido un pueblo allí, pero no se sabía nada del presente. Por mi parte, después de haber trabajado en la pesca con ECONIN, trabajé un tiempo en el Servicio Nacional de Menores y luego en la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), donde tomé contacto con organizaciones rapa nui en Santiago y en la isla, y por eso llegué a hacer la memoria de derecho sobre el Acuerdo de Voluntades, que tiene el rango de un tratado internacional, porque fue un acuerdo entre el Estado chileno y el pueblo Rapa Nui. Antes de la memoria, también trabajé en la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, donde también se abordaron estos temas.

Bueno, el asunto es que hasta hoy se celebra este acuerdo y, sin embargo, los rapa nui solo entregaron “la soberanía”, pero no la propiedad de sus tierras. Lo que pasó allí fue que efectivamente hubo un acuerdo de voluntades, donde estaban con plenos poderes ambas partes para firmar, pero Chile nunca lo ratificó, que es lo que se esperaba que ocurriese más adelante. Así es que en vez de devolver ese acuerdo, Chile lo que debería hacer es ratificarlo, pues aún puede hacerlo. Poco tiempo después de haberlo firmado, el Estado chileno lo que hizo es inscribir las tierras en el Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso, y con eso pasó a llevarlo porque se suponía que lo acordado era que los rapa nui mantenían la propiedad de sus tierras. Esa es la conclusión de mi tesis.

Ahora, lo raro en derecho fue que yo realicé entrevistas, conversé con la gente, apliqué algunos instrumentos, algunas encuestas incluso, y tuve información primaria para avanzar en mi tesis. Averigüé que Policarpo Toro, quien firmó el

acuerdo a nombre del Estado chileno, era un marino constitucionalista. Después se vino a Chile con el objetivo de que se ratificara según el procedimiento constitucional señalado en la Constitución, que era que el presidente y el parlamento lo aprobaran como un tratado internacional y que se incorporara como una ley. Pero eso no se hizo nunca, porque Policarpo Toro estaba en el bando de Balmaceda, y tras el golpe de 1891 y la guerra civil, perdieron, y son las fuerzas conservadoras las que asumieron el poder y el tratado se olvidó. Y ese es el que se devuelve ahora, pero sin ratificar, al pueblo Rapa Nui.

Ese es un trabajo realizado en el ámbito de la antropología jurídica, un vínculo entre mis estudios de derecho con la antropología, aunque en realidad yo no me centré directamente en los estudios de la antropología jurídica, sino más bien en los temas de derecho de la época, lo que se decía en ese tiempo acerca del paradigma que se manejaba con los pueblos nativos. Se señalaba incluso que no eran personas y que, por lo tanto, ciertas tierras que no eran ocupadas por blancos podían ser apropiadas porque ahí no vivía nadie. Ese era el argumento que usaron los europeos en África y en general en los distintos continentes, por lo que más bien no trabajé con autores de la antropología jurídica.

AdS: Una parte importante de tu trayectoria está vinculada al Estado y las políticas públicas, entonces nos gustaría que nos contaras sobre eso. Quizás partiendo por tu trabajo en la Comisión de Verdad Histórica y el trabajo de varios años con las mesas territoriales. ¿También te tocó ir al sur con los fueguinos, en una época donde poca gente iba hasta allá?

Esa fue una muy buena oportunidad de trabajo profesional en que pude trabajar con todos los

pueblos que en ese tiempo fueron reconocidos en la Ley Indígena como etnias indígenas, de ese “juel tipo salmón”, a propósito de la indicación de un senador designado, que dijo que el pueblo chileno era uno y no podían haber varios pueblos. Pude trabajar con los pueblos del norte, con los urbanos y con el pueblo Mapuche – con la Comisión de Trabajo Autónomo Mapuche (COTAM)– y también con el pueblo kawésqar y yagán. Llegamos ahí como una validación a la antropología, que me aparece que también es un tema interesante, pues la profesión de antropólogo no está muy instalada en el aparato público, ni en el discurso, ni en los temas administrativos en general. Últimamente se han incorporado más antropólogos, pero en general no es frecuente encontrarlos en ese ámbito. En esa época era muy usual que uno llegara a las pegas por conocidos, por colegas, por datos, más que por un concurso en que se considerase la profesión de antropólogo para postular. Incluso hoy, en estos tiempos en que trabajé en el Ministerio de Cultura, normalmente había presencia de ciertas carreras del área de las ciencias sociales, pero no se incluía la posibilidad de un profesional antropólogo, sobre todo en la administración pública.

Dicho esto, en la Comisión de Verdad Histórica fue un trabajo donde nos movimos con mucha libertad, con los grupos de trabajo, con los distintos pueblos. Yo trabajé desde la Secretaría Ejecutiva. Había también grupos temáticos que tenían que ver con el derecho indígena, con economía, con desarrollo, con educación. Yo trabajé en los grupos de pueblos y ahí, claro, primero había que generar confianza, decir qué buscaba el Estado, que era el mismo Estado que en algunos casos les había quitado las tierras y ahora venía a ver cuáles eran sus dolores, sus aspiraciones. Hubo algunos sectores que incluso nunca participaron y manifestaron su opinión, pero

en general yo creo que sí hubo un acercamiento interesante a los pueblos y a las organizaciones de los pueblos.

Lamentablemente esa comisión no pasó del informe, es decir, la entrega de los libros finales, que eran varios capítulos, donde se cuenta parte de una historia que no había sido contada. Por ejemplo, qué había pasado con los pueblos indígenas al norte del Bío Bío, qué había pasado con los títulos de merced. Se realizó un estudio muy interesante con una muestra de títulos de merced, dirigido por José Bengoa, que da cuenta de cómo la mayoría de estos títulos terminaron en manos de forestales. La Comisión realizó un trabajo interesante donde los pueblos plantearon sus reivindicaciones, su inquietud e incluso se indicó una solución al conflicto de lo que se llama la macrozona sur. Sin embargo, no se aplicó lo que el informe sostiene como solución en el caso de las tierras, que es la formación de una corporación en que se puedan hacer valer los distintos instrumentos, argumentos, títulos, independientemente de que el tiempo haya operado. Por eso creo que ese trabajo termina como una decepción para las comunidades y organizaciones, porque a pesar de haber contado parte de la historia, la verdad histórica, no hubo un nuevo trato. Eso quedó en deuda. Pero como experiencia fue muy interesante y para mí lo que sigue siendo importante es la comunicación a propósito de la versión histórica que el libro plantea.

AdS: Sí, y ahí está el tema de tu trabajo en la CONADI Región Metropolitana, que implica una gestión muy amplia, desde Coquimbo hasta la región de O’Higgins. Hasta finales de los años noventa la sensación era que no habían muchos indígenas en la ciudad de Santiago, pero a partir de los 2000 su presencia se hizo más visible. ¿Cómo se fue dando ese proceso

que desemboca en la existencia hoy de una gran cantidad de organizaciones indígenas en el territorio entre Coquimbo y O'Higgins?

Fue un trabajo muy interesante, que me permitió conocer los distintos temperamentos de los pueblos. Allí habían llegado mayoritariamente mapuche, pero también había aymaras y rapa nui, y cada uno lo había hecho de manera distinta. Estuve ahí a fines de los años noventa y trabajaba en el ámbito de la economía indígena, en la Unidad de Desarrollo Indígena. Para mí fue un descubrimiento la cantidad de obreros panificadores que había, uno lo había leído en los textos de los antiguos, cómo se juntaban en la Quinta Normal, pero en ese tiempo eran muy fuertes y actuaban casi como agencias de empleo. Había una federación de obreros panificadores. Mucha gente empezó a celebrar su propio *wetripantu*, hubo como un proceso de reencuentro, y era muy extraño porque muchos de esos obreros habían viajado del campo, de Lautaro, de distintas zonas, y trabajaban en una panadería de noche, y en el día dormían, por lo que muchos solo hablaban mapuzungun y no tenían mucho contacto con el mundo *winka*, estaban muy poco influenciados por la capital. Eran muy fuertes esos sindicatos, trabajamos mucho con ellos. Recuerdo el sindicato en La Cisterna, pero había en distintas comunas de Santiago.

Creo que la propia gestión de la CONADI fue también la de favorecer ese proceso de auto-reconocimiento, el acceso a las becas, etc. Un caso atípico fue una comunidad indígena que se constituyó en la Región Metropolitana, a la que se les adquirió una tierra en la comuna de Melipilla. Era gente de campo que seguía siendo de campo. Fue la única adquisición de tierra en esa época que se dio en la Región Metropolitana y la única comunidad indígena constituida. La Ley

Indígena tenía por lo menos diez años, quizás un poco más, cuando se dio este proceso de reconocimiento y de incorporación a organizaciones, en particular mapuche. Había una sola organización rapa nui y me parece que una o dos aymara. Pero claro, hoy día es distinto. Y trabajábamos, en efecto, entre la región de Coquimbo y Rancagua, un poco más al sur.

AdS: ¿Y cómo viste estos mismos procesos en Punta Arenas?

Fuimos a Puerto Williams, con Carmen Gloria Godoy, a la comunidad yagán, en Villa Uki-ka. Una comunidad pequeña, con una historia menos conocida, pero muy triste. Fue un viaje complejo, con mucho frío. Uno llega en un avioncito y ve una isla chiquitita, con al aeropuerto a la orilla, y uno se pregunta cómo vamos a aterrizar ahí para no pasar de largo para el mar. Y al frente hay una ciudad tremenda, al otro lado del canal de Beagle, Ushuaia, que es una ciudad argentina completísima, y este otro lugar, casi una base naval, no había camino asfaltado, todo era muy precario. Para la comunidad fue muy extraño porque, bueno, les fuimos a explicar en qué consistía la Comisión de Verdad Histórica. En ese tiempo aún estaba viva una de las hermanas Calderón, la señora Cristina. El presidente de la comunidad era una persona de apellido Chiguay, que es un apellido más bien mapuche huilliche de Chiloé.

Ahí se empezaron a generar condiciones para un trabajo y, aunque fue muy corto el tiempo destinado, se logró por lo menos que ellos identificaran y plantearan sus reivindicaciones. Recuerdo, por ejemplo, la de cambiar el nombre de la isla que hoy día se llama Isla Navarino. Ellos señalaban que en el idioma yagán era Upushwea, si recuerdo bien. Planteaban ese tipo de cosas,

reivindicaciones simbólicas, pero también temas relacionados con el mejoramiento de las condiciones materiales de vida, de trabajo, de acceso a la salud, a la vivienda. Y eso no prosperó, salvo la acción que se ha hecho vía CONADI y por parte del gobierno regional. Pero hubo planeamientos que superaron lo que el Estado hace habitualmente.

AdS: Pero ese trabajo que ustedes hicieron ahí prosperó bastante más porque en ese momento, efectivamente, no había mucho conocimiento ni mucha organización. Por ejemplo, el museo, que ahora se llama Museo Territorial Yagán Usi Martín González Calderón, ha trabajado con la comunidad y tiene un nuevo diseño curatorial. Lograron identificar gracias a la comunidad a las personas que aparecen en las fotos clásicas. También están trabajando por el turismo y el control territorial.

Recuerdo que cuando trabajamos con la comunidad kawésqar lo hicimos sobre todo en Punta Arenas, donde las calles más centrales, hasta el día de hoy, tienen los nombres de los terratenientes, de los estancieros. Para la propia comunidad era muy triste reconocer eso cuando caminábamos por ellas. Cuando fuimos a una casa, que era un palacio grandote, mucha de la gente de las comunidades nos decía: “aquí nos castigaban, en este subterráneo se supone que hay muertos”. Fue duro confrontarnos a eso, cuando recién empezamos a promover la organización de las comunidades. Qué bueno saber que estamos en otro tiempo. También he escuchado, a propósito de la Ley Lafkenche, que la comunidad kawésqar está planteando la defensa de los espacios marinos costeros.

AdS: ¿Cuál es tu mirada sobre la participación de la antropología en estos espacios institucionales en los que has estado?

Mi experiencia como antropólogo y con antropólogos en los espacios públicos en los que he intervenido ha sido muy positiva. En general, los antropólogos dejan una muy buena imagen respecto de su desempeño y su aporte. Pero, más que un reconocimiento a la antropología, lo que me queda son colegas que conversan y sus recuerdos. Ahora estuve trabajando en la SEREMI de Cultura en la Región de los Ríos y ahí no había ningún antropólogo contratado. Había gente en el Servicio del Patrimonio Cultural, pero ahí nadie. Aunque en general ha quedado instalada la idea de que los antropólogos pueden hacer un muy buen aporte. Tienen una mirada distinta, una manera diferente de abordar ciertas temáticas, pero eso no se traduce en una institucionalidad, en un reconocimiento formal, ni de la implementación de proyectos específicos, ni aportes en programas. Lo que percibo, al menos aquí en el sur, es que su inclusión sigue siendo muy precaria, aunque está instalada en algunas autoridades la idea que la antropología es un muy buen aporte para provocar procesos de desarrollo más sostenibles, más inclusivos. No en las actuales, en todo caso.

AdS: A propósito de eso, hemos percibido en los estudiantes hoy una baja autoestima metodológica frente a otras disciplinas. ¿Consideras que la antropología requiere avanzar hacia esas metodologías o, por el contrario, falta más bien visibilizar los aportes propios de la antropología en los lugares donde hay trabajo? ¿Crees que la antropología está desperfilada en términos de inserción laboral frente a otras disciplinas en los espacios institucionales?

Primero, creo que se sabe poco de la antropología y en eso hay un rol institucional que debe jugar el Colegio de Antropólogos de reconocimiento de ciertas normas en el aparato público, en el empleo público, para el funcionamiento del

Estado, de los municipios. En segundo lugar, hay un aspecto relacionado con nuestra formación. En mi experiencia como docente he notado un cierto desprecio por lo metodológico, por ejemplo, cuando se dice “no, es que yo soy cualitativo” y pareciera que con ello el investigador se libera de ciertas rigurosidades, como en la estimación en las muestras de lo que es representativo y lo que no lo es. Esto tiene que ver con la manera cómo nos autopercebimos.

Un ejemplo: mientras estuve en la Universidad Bolivariana, con Bernardo Arroyo nos metimos en una línea de antropología cognitiva y empezamos a utilizar un libro y un *software* de Borgatti, un antropólogo norteamericano, que aplica una técnica súper interesante, que son los listados libres y las triadas y las diadas, metodologías que provienen de la antropología cognitiva y que han sido poco utilizadas. Parece que en Centroamérica han tenido mayores aplicaciones. Esto, para decir que debemos creernos el cuento de que nuestra disciplina también tiene rigurosidad y que las conclusiones a las que llegamos deben responder a ciertos estándares. Miren, haciendo clases una vez me encontré con un alumno que no sabía multiplicar. El manejo de la regla de tres simple nos sirve para muchas cuestiones, para calcular, no sé, cuánta producción puede darse en un territorio. Hay elementos que debemos manejar y que no deben ser obviados por el hecho de que definimos la antropología por lo cualitativo. Quizás me esté metiendo en las patas de los caballos por lo que digo, pero sí, creo que lo cualitativo debe también contemplar ciertos criterios, cierta metodología.

AdS: Ya para ir cerrando la entrevista, ¿cómo ves el desarrollo de la antropología en nuestro país, su estado actual, sus temas?

Yo he estado lejos de la academia, salvo esta reincidencia cuando estudié el magíster. Por ejemplo, ahí me encuentro con toda esta onda del giro ontológico, que no es tan nueva, con autores como Bruno Latour y Graham Harman. Ahora estoy viendo a Manuel de Landa, y de ahí pasé a un italiano, Maurizio Lazzarato. Conocí sus perspectivas solo últimamente. No tenía idea que alguien sostenía que lo no humano tenía tanta incidencia en la realidad como lo humano, y me parece que son propuestas con harta fortaleza. Lo señalo, a pesar de que vienen más bien de Europa... Pero, como ven, he estado lejano de la antropología chilena y sus aportes, tengo pocos elementos para contestar esta pregunta. Aunque está el tema de Monteverde: ahí hay un aporte, aunque es más bien de la arqueología. Pero es interesante porque este paradigma Clovis, que se niega a reconocer la importancia de Monteverde, ha tomado actualidad a propósito del nuevo estudio que dice que este sitio no es tan antiguo. Como aporte que sale de las fronteras nacionales, este es uno.

Ya en el ámbito de la antropología, creo que esta ha hecho un buen trabajo de describir y mostrar otras miradas sobre las distintas realidades socioculturales de los territorios, de la diversidad. Creo que lo ha hecho bien y además con los pocos recursos y con la poca importancia que se le da a este campo. Tal vez debiera incluirse con más fuerza en los procesos de desarrollo. Y bueno, estamos viendo lo que está pasando en general con la ciencia, que pareciera ser que en el período actual va a tener una baja sustantiva. En esas condiciones, entonces, la antropología ha hecho su aporte y además siguen existiendo desafíos. Por ejemplo, está todo el tema de la migración. Se piensa que los migrantes, la población afrodescendiente, está en el norte del

país, pero aquí en el sur también están. Uno ve a chicos afrodescendientes que van a las escuelas públicas, en las comunas, a trabajadores en los supermercados, en la municipalidad. Eso sí, hasta ahora no he visto ningún carabinero afrodescendiente... En fin, esa ha sido mi experiencia más directa y creo que los desafíos son muchos.

AdS: En estos ciclos de entrevistas a antropólogos, tú formas parte del capítulo regional: ¿cómo ves la disciplina desde el punto de vista de un antropólogo que trabaja en el sur de Chile, que ha vivido gran parte de su vida ahí?

Yo creo que la gracia de los antropólogos es que tenemos esta capacidad de ubicuidad, de caer parado en general, independiente de donde sea nuestro origen, y casi siempre actuamos con mucha pertinencia en los diversos territorios sociales y geográficos. Pero respecto al sur, y creo que lo relata por ahí el propio Gonzalo Toledo, en Temuco, en el primer Congreso Chileno de Antropología. Ahí tuvimos mucha interacción con los estudiantes de antropología de Santiago, en los altos del café Torres, y nos dimos cuenta que compartíamos los mismos intereses, que había gente del sur que se iba a estudiar a Santiago, pero también que había mucha gente de Santiago que estudiaba antropología en el sur. Y eso tenía que ver con que estábamos en un territorio que es más cercano al tema mapuche, a la realidad del sur, a la pesca.

Pero puede ser que la antropología esté más formalizada o reconocida en Santiago que acá en el sur. A pesar de que aquí existe una Escuela de Antropología desde hace mucho tiempo, pareciera que la disciplina no ha logrado permear el aparato estatal, que no se ha instalado en lo que llamamos la opinión pública como una carre-

ra que puede ser un aporte sustantivo. Eso hace que como antropólogos tengamos más bien que adecuarnos a los distintos espacios laborales, que no siempre son los que uno quisiera tener, y así nos encontramos con antropólogos haciendo análisis de datos sociolaborales en el registro social de hogares, en la Dirección de Desarrollo Comunitario (DIDECO) de los municipios, buscando por ahí dónde tener mayor inserción. Creo que en general es distinto a cómo se ha desarrollado la disciplina más al norte, donde ha logrado otro estatuto, y que ha sido el aporte también de ustedes.

AdS: ¿Cuál considerarías que es el aporte que puede hacer un antropólogo en el Estado y en especial en una Secretaría Regional Ministerial (SEREMI)?

Me parece que el aporte que puede hacer un antropólogo es grande en tanto cuanto avancemos a un verdadero proceso de descentralización. Mientras las decisiones se sigan tomando en la metrópoli, las instituciones regionales seguirán funcionando como en un reino colonial. Entonces, en la medida en que puedan tomarse decisiones en los propios territorios, creo que el aporte puede ser sustantivo. Aun así, en estas condiciones de centralización, su contribución es importante porque los antropólogos tenemos esa capacidad de identificar áreas relevantes que no están siendo consideradas. Normalmente los programas, en el caso del ministerio, vienen en general ya diseñados desde el centro para su aplicación regional, y son muy pocos los recursos que aquí se pueden destinar a algo que uno identifica como necesario.

Por ejemplo, en mi experiencia laboral lo que hicimos fue trabajar con el tema de los saberes, de los oficios, del patrimonio cultural inmaterial.

El tema del patrimonio cultural material se ha trabajado aquí con mucha fuerza, pues tenemos los fuertes, las fortificaciones del sur de Chile. Pero el tema del patrimonio cultural inmaterial es incipiente, ya que no estamos en una zona histórica del Gulumapu. Después tenemos una fuerte migración alemana y actualmente una fuerte migración afrodescendiente. Hay entonces procesos de patrimonio cultural inmaterial, de cultura, que están siendo muy dinámicos y creo que allí hay un área de desafío, y que en el caso del Ministerio de Cultura puede ser un espacio importante de identificar. Incluso, hace unos días apareció en las redes sociales el funeral de la pareja de la machi Millaray Huichalaf y unas comunidades se opusieron a que lo enterraran allí, en el cementerio local. Hay niveles de conflictividad en las comunidades que desde la antropología se pueden trabajar y significarían un aporte.

Otro tema es de la migración, una problemática sobre la cual no se ha realizado ningún trabajo. De hecho, hay una sola municipalidad en la región que creó una oficina de migrantes, la Municipalidad de Valdivia, pero existen otras 11 comunas y en ninguna se ha trabajado de manera sistemática el tema de la migración. Me parece que desde la antropología o como antropólogos podemos identificar esas áreas que son necesarias para el desarrollo en general, lo que implica un aporte a la estrategia de desarrollo regional. Es importante recalcar que la cultura, las artes, lo patrimonial, también contribuyen al desarrollo o al mejoramiento de la calidad de vida de las comunidades.

AdS: Muchas gracias Óscar por tu tiempo y palabras.